

Filosofando

Conocer con el cuerpo

Luis Armando Aguilar Sahagún

Una de las cuestiones centrales de la filosofía se refiere al conocimiento, a lo que conduce a la verdad, lo que puede ser fundado en la razón. Es esta una de las notas que hicieron que los filósofos se distanciaran, en la antigüedad griega, de las tradiciones populares y de las prácticas religiosas. En la búsqueda del principio radical de las cosas, la razón debía asumir el papel conductor, sometiendo la indagación a un rigor que garantizara el recto orden de la indagación y la seguridad en los resultados alcanzados.

Los filósofos presocráticos son un buen ejemplo de ello. Sócrates es, sin duda, el filósofo “prototipo” en lo que respecta al primado del intelecto. Platón, discípulo suyo, llevará la semilla de su maestro a niveles insospechados de claridad racional en su doctrina de las ideas. Es el Logos no sólo lo que orienta la búsqueda, sino lo que se extrae de las cosas, como su verdad más propia. Aristóteles avanzará en esta línea, si bien su talante es el de un naturista, más que el de un poeta, y su doctrina arraigará en una “contemplación terrenal” (J. Pieper).

Es conocido que el dualismo alma-cuerpo presente en la doctrina socrática y platónica se remonta a raíces culturales más antiguas que ya se pueden encontrar en las enseñanzas de Pitágoras, y en la religiosidad órfica de los egipcios. El alma está encarcelada en el cuerpo. La contemplación, la dialéctica de las ideas, será un camino de liberación. Aristóteles arraiga al alma en las cosas como su “forma”, es decir, como lo que las constituye sustancialmente. Con ello, el cuerpo cobra una nueva valoración en el orden del conocer. El conocimiento del mundo es posible, y pasa necesariamente por los sentidos.

Al filósofo de Estagira debemos esta revaloración del cuerpo, que pasará a formar parte de la herencia que el Cristianismo mismo hará suya, bajo la mano insigne de un Alberto Magno o de un Tomás de Aquino. El cuerpo no es de suyo despreciable. Con todo, su valor como fuente de conocimiento depende de su naturaleza “psíquica”. Es cuerpo “informado” por un alma y, sólo en esa medida, rebasa el nivel de lo informe y caótico.

La herencia platónica, por su parte, se hará sentir por la recepción que tuvo en pensadores de la talla de un Agustín de Hipona, un Plotino, y de padres de la Iglesia tan insignes como San Gregorio de Niza, San Gregorio Nazianceno, entre muchos otros.

La afirmación de que la naturaleza espiritual del hombre fue acompañada de una devaluación del cuerpo, que en todo caso tendrá que someterse a la razón y a la sabiduría que sólo a ella le es accesible. El trasfondo teológico de esta devaluación fue, sin duda, la centralidad que muy pronto cobró la doctrina del pecado original, así como el maniqueísmo latente en la enseñanza de algunos grandes pensadores de la cristiandad, que pronto se asoció al orden de lo sexual y de lo instintivo.

La filosofía moderna nace bajo la impronta de una afirmación de lo racional como elemento fundante del conocimiento válido. El famoso punto de partida cartesiano del filosofar es el pensar, más concretamente, el hecho de que “yo pienso” (“Ego cogito”). Al distinguir dos tipos de sustancias en el orden de la naturaleza en términos de lo que puede ser objeto de medida (extensión) y de aquello que puede pensar (la conciencia espiritual inmaterial),

Descartes señala la separación neta entre dos tipos de sustancias, con lo que se acentúa el dualismo platónico, y se abre la puerta a un modo de filosofar para el que el cuerpo no pasa de ser, en el mejor de los casos, mero soporte. En este sentido, la filosofía moderna continuó la tradicional primacía del Logos sobre lo corpóreo, llegando a la elaboración de sistemas como el de Federico Hegel, que establece la equivalencia entre lo real y lo racional.

El movimiento de reacción no se hizo esperar. Filósofos como Arturo Schopenhauer o Federico Nietzsche reaccionaron bruscamente en contra de esa supuesta primacía, acentuando la “voluntad de vivir” o la “voluntad de poder” como los impulsos más originarios del hombre y de la realidad, y también como los más legítimos. Lo hasta entonces negado, temido y subordinado pasa, en este tipo de pensamiento, a ocupar el primer plano. Habrá que esperar a que, ya entrado el Siglo XX, filósofos como Edmundo Husserl, Gabriel Marcel o Maurice Merleau-Ponty adviertan la justa reivindicación de lo corpóreo que late en las furiosas denostaciones contra las tendencias intelectualistas y espiritualistas y pongan al cuerpo en el centro de sus análisis y reflexiones.

El vocabulario “alma-cuerpo”, tan lastrado de connotaciones morales, teológicas y religiosas fue remplazado por el de una “conciencia corporalizada” o “espíritu encarnado”. La explicación del conocimiento fue dando lugar a la comprensión de que, así como un Emmanuel Kant tuvo el mérito de plantear el tema indagando por las condiciones que lo hacen posible a partir del sujeto que conoce, así ahora se llega a advertir que también el cuerpo es una de esas condiciones. No se trata, como en la filosofía clásica, de afirmar que todo conocimiento comienza por los sentidos; sino de reconocer que el cuerpo es fuente de significaciones. Las experiencias, las percepciones, se constituyen para cada persona a partir de su propio “esquema corporal”, del marco dentro del cual se organiza y se ordena el mundo de sus percepciones sensibles. Marco que es finito, y al mismo tiempo, dinámico. Conforme el hombre crece, se modifica dicho marco y por ello, se enriquece y modifica también el mundo de significados a partir de los cuales comprende la realidad. Los objetos guardan una íntima relación con la dimensión corpórea del hombre y es a partir de ella como le son significativas.

El hombre se inserta en la realidad por el solo hecho de ser corpóreo, de ahí que la Filosofía haya de pensar más a fondo lo que eso significa. La reivindicación nietzschiana del cuerpo – “cuerpo soy, íntegramente”- encuentra eco en una “metafísica encarnada como la de Gabriel Marcel, para quien, por ejemplo, la clásica pregunta por el ser encuentra su respuesta en el ser-con, unos con otros, de los hombres. “Soy cuerpo y tengo cuerpo” conviviendo, siendo con los otros en el mundo.

La filosofía ha ido encontrando así una nueva ruta para comprender que somos sujetos corpóreos, que en el proceso del conocimiento está presente, de principio a fin, el todo de nuestro ser corpóreo. Así, en un tatuaje podemos descifrar aspectos de lo que la realidad significa para el ser humano; en las modas, en las nuevas mitologías (el hombre-araña, el hombre lobo, etc.) se revela parte de lo que el hombre descubre en su ser o la manera en que da forma a sus sueños y temores. La riqueza significativa del cuerpo es inagotable. El mismo lenguaje, en sus dichos, en sus máximas, así nos lo muestran (“Tener oídos de tapia”; “Pon un guardián en mi boca”...).

El pensamiento contemporáneo abre así nuevas rutas de reflexión y de auto-comprensión: nos ayuda a asumir nuestra corporeidad como una realidad que en cierto modo poseemos (“mi cuerpo”) y al mismo tiempo “somos”; abre un nuevo camino para recuperar el sentido de la unidad y totalidad del todo de la persona; nos pone de frente al misterio de nuestro ser y de nuestro vivir y nos obliga a plantearnos las preguntas por lo que verdaderamente conocemos y somos capaces de comprender. Nos coloca, también, frente al misterio en el que el Rabí de Nazaret pudo haber cifrado el sentido de su vida y de su muerte: “Esto es mi cuerpo... que se entrega....” “Éste, el que se entrega, soy yo”.